



Este es un juicio político. No es un circo, un matinal farandulero, un intercambio en un *blog* ni asunto de ‘justicia divina’. No versa sobre la persona de la ministra Provoste -su género, raza o clase-, sino sobre su desempeño”.

Sobre estigmas y dramones

En lo que debe ser una de las más insólitas autodefensas esgrimidas en nuestro país, la ministra de Educación, en reiteradas intervenciones públicas estos últimos días, secundada por voceros de gobierno, ha estado dando a entender que la acusación constitucional en su contra se debe a motivos espurios, racistas y misóginos.

Las causales que se le imputan (haber dejado leyes sin ejecución, no haber fiscalizado y corregido irregularidades en su ministerio, haber desestimado auditorías internas y recomendaciones de Contraloría, y haber infringido el principio de probidad administrativa) no sólo no tendrían asidero sino que, más grave aun, encubrirían una odiosidad para con gente como ella, “claramente por ser una mujer del norte, por ser una mujer de fe, por ser una mujer que proviene de clase humilde”.

Palabras quizás excusables atendido el lugar y el momento en que las dijera -el púlpito de una iglesia-, presumiblemente animada por el carisma y la solidaridad de los fieles allí congregados, si no fuera que las viene repitiendo en distintas versiones ante públicos más mundanos. Dirá también: “Les molesta que yo sea una hija de clase media, una mujer que cree en

la educación pública y una mujer con coraje”; variante que, días después, la lleva a lamentarse en vena antropológicamente dolida: “Yo sé que muchos no me quieren porque soy chica, negra e india”.

Obviamente, causales que el legislador jamás previó. Por suerte, el asunto verdaderamente en juego es más acotado y tiene su curso jurídico preestablecido en la Constitución. No versa sobre la persona de la ministra, sino sobre su desempeño. Cuestión que admite descargos. Ella se puede defender y hacerse asesorar por abogados. El debido proceso no tendría por qué no funcionar a su favor.

Este es un juicio político. No es un circo, un matinal farandulero, un intercambio de opiniones en un blog ni tampoco un “juicio de Dios” como pareciera haberlo creído, también, la señora Provoste en momentos de excesiva exaltación.

Con todo, ¿no tendrá un punto? Si ella, el gobierno y los concertacionistas comprometidos con su defensa a como sea, siguen insistiendo que todo es sólo un “*show*”, y que la ministra está fatalmente condenada de antemano, ¿por qué no habría de pensarlo también el público convocado según el guión

melodramático, no el constitucional, que se estaría queriendo montar? Desde hace décadas, desde que “Simplemente María” capturara el más alto *rating* de la televisión chilena, sabemos quién es quién en este país, quiénes los “malos” y los “buenos” de la película.

La fórmula es imbatible. Provinciana ingenua con carita de ángel, recién llegada a la capital, y trabajando en casa de ricos no puede no ser una pobre víctima de una vieja historia que, inevitablemente, ha de repetirse. Claro que ahora último, cabe preguntarse si esto es porque Chile es, ha sido y seguirá siendo un país retardatario, o porque, por el contrario, estando tan acostumbrados al cuento ése, si no nos pasan de nuevo la película y rebobinan la imagen cliché, apagamos los televisores.

Por cierto, en Chile aún existen discriminaciones raciales, de género y clase. Pero también es cierto que ha habido avances sociales no menores. La Moneda dejó de ser un Club de Toby. La ministra misma desmiente su propia retórica. Si ella ha llegado donde ha llegado es porque los estigmas a que alude ya no corren, al menos, en el ámbito político. Otra cosa es cómo ella u otros se desempeñan en sus cargos. Dejémonos de dramones. Dejemos que las instituciones funcionen.



Alfredo Jocelyn-Holt

Historiador y académico de la Universidad de Chile



A la administración Bush le gustaría que Chile, un país con un registro democrático y económico impresionante, desempeñara un rol aun más vigoroso e influyente en los asuntos regionales”.

Estados Unidos y su “patio trasero”

Con frecuencia se dice que Washington considera a América Latina como su “patio trasero”. Aunque ello puede ser cierto, Washington jugó un rol marginal para calmar la reciente crisis entre los países andinos. El rol fue cumplido esencialmente por los latinoamericanos, en especial Brasil, Chile, República Dominicana, el Grupo de Río y la Organización de los Estados Americanos. Sin embajador ante la OEA durante los últimos 15 meses, EEUU estuvo prácticamente ausente para cuidar su “patio trasero”.

La visita de la secretaria de Estado, Condoleezza Rice, a Brasil y Chile demuestra que EE.UU. está interesado en América Latina. Rice y los demás funcionarios de Estados Unidos continúan muy interesados en los computadores recuperados, pertenecientes al líder de las Farc Raúl Reyes. Aparentemente, la información que contienen demuestra que la guerrilla tenía una alianza con Hugo Chávez y en menor medida con el gobierno de Rafael Correa.

El viaje de Rice, planificado antes de la crisis y que se esperaba que se centrara en el comercio y la energía, repentinamente adquirió una forma geopolítica. Aunque el voto de Chile en 2003 en la ONU contra la guerra de Irak creó un

roce en las relaciones con la Casa Blanca, mantener bajo control las ambiciones de Chávez es una prioridad regional para Washington, y los gobiernos estables e independientes como el de Chile son sumamente importantes en ese esfuerzo.

De hecho, a la administración Bush le gustaría que Chile, país con un registro democrático y económico impresionante, desempeñara un rol aun más vigoroso e influyente en los asuntos regionales.

Sin embargo, el problema es que en los últimos años Estados Unidos no ha promovido sus intereses con demasiada sensibilidad. Muchos norteamericanos tienen la desafortunada tendencia a considerar a la región como dividida en bloques a favor y en contra de Washington. Para muchas personas en EE.UU. ha sido difícil entender que la mayoría de los gobiernos latinoamericanos se resiste a enfrentar a Chávez por razones pragmáticas, no porque compartan su ideología o afición por la política divisiva.

Debiera ser fácil para los estadounidenses entender este dilema. Después de todo, Estados Unidos es el destino de más del 60% de las exportaciones de petróleo de Venezuela. Además, no obstante los

importantes intereses de seguridad en riesgo en Colombia y otros lugares para la región andina, el tratado de libre comercio entre Estados Unidos y Colombia presenta problemas. La administración Bush ha tenido dificultades para convencer a un Congreso opositor de que apruebe este acuerdo, especialmente en un año de elecciones.

Si Chávez realmente financia a las Farc -un grupo dedicado a derrocar a un gobierno legítimo y democrático-, sería muy preocupante y no podría ser ignorado. Lo que ocurra en la reunión de mañana de los ministros de RREE. en la OEA dará indicios de si el hemisferio está preparado para manejar un desafío geopolítico real y resolver el problema que dio origen a la crisis andina en primer lugar, o sea la falta de cooperación para ayudar a solucionar el continuo conflicto de Colombia.

Estados Unidos debiera compartir inteligencia creíble con los gobiernos amistosos de América Latina y consultar con ellos la mejor forma de responder. Las repercusiones de las tensiones recientes serán una prueba de si Washington puede ser eficaz en los asuntos regionales y encontrar un término medio entre posturas que alternan entre el control y la indiferencia hacia su “patio trasero”.



Michael Shifter

Vicepresidente y director del Programa Andino de Diálogo Interamericano